

Un relato corto de esta colección.



Derechos de autor © Hugo Aurelio Toro 2024

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación podrá ser reproducida o transmitida por ningún medio, ya sea electrónico, fotocopiado o de otro tipo, sin permiso previo por escrito del autor.

Portada de Hugo Aurelio Toro, basada en una imagen de calendario de Marko Gajardo de 1983.

Las fotos familiares son propiedad de Hugo Aurelio Toro.

La colección completa se encuentra utilizando:

ISBN 978-1-7635105-3-1 Libro electrónico

ISBN 978-1-7635105-6-2 tapa blanda

1.1) Fascinación por los Relatos Familiares

Un relato corto de Hugo Aurelio Toro



Familia del padre – Ester y José Toro Corral más hijos (Hugo, arriba a la izquierda) - 1944.



Familia materna – Luisa y Sergio Mouat Moya más hijos (Carmen, arriba en el centro) - 1956.

Sin duda, poder mirar tres generaciones atrás a tus bisabuelos es algo maravilloso. El niño está siempre agradecido de haber podido conocer a su bisabuela. Tenía fuertes rasgos españoles en el rostro y estaba en su tercera edad. Vestía de negro, era menuda, ligeramente encorvada y tenía una mirada profunda hacia los niños traviesos.

La migración llevó a sus antepasados a Chile en la época poscolonial, buscando una tierra estable y pacífica. Las dos familias del niño pueden rastrear su herencia hasta finales del siglo XVIII en España, Escocia e Italia. Cien años después, a finales del siglo XIX, las familias se establecen en la capital, Santiago. Esta ciudad está habitada por personas pacíficas que cultivan en tierras肥iles, son emprendedoras en los negocios y valoran mucho la familia y la educación. La cordillera de los Andes los vigila y proporciona seguridad.

Desde pequeño, el niño escuchaba atentamente las historias familiares alrededor de la mesa del comedor. Cuando otros niños no podían esperar a irse, él se interesaba por las historias que se contaban y cómo cobraban vida. Las historias felices, las que invitan a la reflexión y los tristes recuerdos fueron contadas con gravedad por los ancianos, y había un profundo respeto y análisis.

Sus padres, Carmen y Hugo, eran una buena pareja y estaban enamorados. Se casaron en enero de 1960 y tuvieron cuatro hijos esa década.

El hijo mayor, Hugo, adoptó el nombre de pila de su padre, como es tradición. Cuando el chico encontró su álbum de boda, con ojos de niño se maravilló con las fotos en blanco y negro de la boda. Su madre, con su vestido de novia blanco y velo, se quedó congelada en el tiempo al salir de la parte trasera del coche negro y sonreír a la cámara. ¿Era esa sonrisa para él? El niño lo reclamó igualmente.

Carmen contaba a menudo la historia de cuando empezó a salir con Hugo. Ella tenía dieciocho años, y él no era mucho mayor.

Eran jóvenes estudiantes en un colegio técnico en Santiago de Chile, a finales de los años 50. Ella estudiaba costura y él aprendía a hacer sastrería. Carmen era una modista competente que usaba sus habilidades para vestir a sus hermanos. Hugo presumía de poder coser a mano un traje completo de hombre. Se vistió con ropa nueva y elegante.

Carmen recordó que un grupo de jóvenes se reunió junto a la ventana del aula en la planta baja. Sentían curiosidad por el joven bien vestido y apuesto que esperaba en el patio de abajo.

'¿A quién está esperando?' susurró. Carmen miró por encima del hombro y vio que era su novio Hugo quien la esperaba.

Se lo guardó para sí misma, pero le agradó que sus compañeros lo encontraran guapo.

La pareja valoraba mucho a la familia extensa, que era un ejemplo valioso para la siguiente generación. Carmen mantuvo una relación cercana con sus padres, hermanos y hermanas. Es la mayor de cinco hermanos y tuvo un papel de liderazgo. Ella ayudó con su educación. Hugo es el menor de once hermanos, y fue mimado por sus hermanos mayores y su madre. Emprende un aprendizaje en construcción con sus hermanos mayores, lo que le sirve mejor que la sastrería a largo plazo.

Por parte de madre

En 1906, los bisabuelos Andrés Mouat Berrios y Edelmira Moya Ramírez se casaron y formaron una familia.

La pareja mixta de ascendencia escocesa y española vivía en una propiedad en la zona de Quinta Normal en Santiago. La historia cuenta que la bisabuela, que tenía dieciocho años en ese momento, parecía no estar preparada para casarse. Se escondió en la gallinera durante días para evitar a su marido.

La pareja tuvo ocho hijos. Los tiempos eran difíciles y cinco hijos sobrevivieron más allá de la Gran Depresión, siendo el mayor Sergio Mouat Moya (el padre de Carmen).

La propiedad de Andrés y Edelmira fue subdividida, y los hombres de la familia construyeron allí casas y criaron a sus familias. Como resultado, los cuatro chicos (Sergio, César, Raúl y Mario) vivieron uno al lado del otro. La hija, Lucía, se mudó a otra parte de la ciudad con su marido Lican. Estaba en la industria minera y era un ilustrador brillante. Tuvieron cinco hijos propios.

En las décadas de 1930 y 1940, llegaron los nietos de Edelmira.

El hijo César vivía en la propiedad más lejana. Allí crió a una hija. En la segunda propiedad, posiblemente la casa original (una casa de madera de dos plantas con aspecto histórico), vivían Edelmira y su hijo Raúl. En la tercera casa vivían el hijo menor, Mario, y su esposa Alicia. Ambos eran personas amables y amables que adoptaron a un niño. En la última casa, Sergio y su esposa Luisa criaron a cinco hijos.

En los años 60 llegaron bisnietos.

Hugo, David, Paulina y sus primos Mireya y Cecilia exploraron las casas familiares con gran entusiasmo. Se descubrieron momentos mágicos dentro de las paredes de la casa de los abuelos Sergio y Luisa. La familia extensa mostró un gran cariño hacia los nuevos hijos. Hay muchos más bisnietos, y llegaron en la siguiente década.

Por parte de padre

La abuela Ester Morales Miranda vivió una larga vida rodeada de sus hijos y nietos. Era una mujer redonda que disfrutaba de los abrazos de sus nietos.

En su juventud, en 1918, Ester Morales Miranda se casó con un marinero chileno llamado José Toro Corral, y tuvieron una numerosa familia de once hijos en total. José tenía una fuerte herencia española en su árbol genealógico. La madre de Ester, María Miranda, emigró desde Sicilia, añadiendo herencia italiana a la familia.

La Gran Depresión de los años 30 fue dura para la joven pareja Ester y Jose. La mitad de los niños murieron por enfermedades y otras tragedias. El propio José murió en la mediana edad de cáncer de estómago, en casa bajo el cuidado de Ester.

José transmitió a sus hijos una sólida formación política. Eran descendientes de la primera familia colonial gobernante, los Toro. Con el fallecimiento del marinero en 1944, los chicos mayores asumieron la responsabilidad de las necesidades y la supervivencia de la familia.

Los seis hermanos supervivientes y su madre Ester son sorprendentemente unidos, ya bien entrados en la edad adulta, y no disfrutan más que reunirse para recordar en la mesa del comedor en compañía de familiares. La hermana mayor, Teofila Toro Morales, mostró un gran

liderazgo a lo largo de su vida. Los hombres de la familia la respetaban mucho. Su semblante se volvió serio al contar la trágica historia de su infancia.

Reveló que en su día tuvo una hermana mayor llamada Justina. Hubo silencio en la mesa del comedor, y todos sintonizaron sus palabras. Una historia trágica se desarrolló desde principios de los años 30, tras la Gran Depresión.

Las dos chicas estaban en casa cuidando a los niños mientras los padres salían en busca de trabajo y comida. Llamaron a la puerta y fueron a ver quién estaba. Se desató una pelea con alguien intentando entrar en la casa. Era un ladrón descarado que sabía que los niños estaban solos. Las dos chicas apoyaron su peso compartido detrás de la puerta entreabierta.

El intruso empujó un cuchillo hacia adelante más allá de la estrecha abertura de la puerta. Impactó a una de las chicas en el pecho. Siguieron reteniéndolo en la puerta hasta que no tuvo éxito y salió corriendo. La chica mayor herida se desplomó al suelo. Murió al entrar en la casa en brazos de sus hermanas.

Se mantuvo un silencio durante unos momentos mientras los familiares en la mesa procesaban el trágico y violento ataque. Hugo junior (nieto de Ester) está sentado en silencio a la mesa, pegado a cada palabra y quiere escuchar más de los mayores.

Un buen recuerdo para cuentos

Hugo junior tenía una memoria aguda para los detalles y se encontraba guardando sus propios relatos personales y de la infancia.

Cuando él y su hermano pequeño tienen tres y cuatro años, personas conocidas pero sospechosas entran en sus vidas. Se contrató a una niñera para cuidarlos mientras los padres trabajaban. Era una joven divertida, y se lo pasaban genial bailando juntas en el salón al ritmo de todos los éxitos de la radio. La niñera les enseñó The Twist de Chubby Checker y les introdujo la magia de los Beatles.

Un día, sus hermanos, que eran niños maduros, pasaron por la casa cuando ella cuidaba de los niños. Los chicos eran amables y los chicos les cayeron bien al instante.

Los padres llegaron a casa por la tarde y vieron la casa vacía de todo dinero y objetos de valor, incluida la ropa. Estaban en shock por la invasión, pero extremadamente aliviados de que los chicos estuvieran ilesos. Con voces infantiles emocionadas, informaron a los padres de que habían venido hombres amables y que se habían ido con cosas. Los padres denunciaron el robo en la comisaría local.

Tranquilizados en general, los padres no pidieron nada más a sus hijos. ¿Qué sabrían los niños demasiado imaginativos, de todos modos? Si se hubiera preguntado si los hombres estaban realmente relacionados con la niñera, la respuesta habría sido: '*sí, son sus hermanos.*' No se les preguntó a los chicos, así que no se proporcionó esa información.

Los niños siguieron estando apegados a su niñera e incluso la visitaron a ella y a sus hermanos, en su casa. Vivían a tres manzanas, un paseo fácil para los niños.

Familia extensa

La abuela Ester (por parte de padre) solía cuidar de los niños. Sentían un gran cariño por esta dama cariñosa y disfrutaban enormemente de las visitas a su casa. Tras la muerte del abuelo

José siendo bastante joven, mantuvo una familia unida y cariñosa. Cuando llegaron los nietos, sus hijos maduros y su hija mayor ya se habían marchado de casa.

Era más común quedar en casa de la tía Teofila. En los años 60 se encontró como madre soltera. Ella y su hijo Dagoberto, que había sufrido polio cuando era bebé, fueron abandonados por el padre. Sus hermanos, altamente éticos, se enfrentaron al tipo en la calle, pero él estaba decidido a marcharse.

La brillante personalidad e inteligencia de Dagoberto eclipsaban cualquier discapacidad que tuviera. Era el primo mayor, y todos los niños le tenían cariño. La tía Teofila era propietaria de una modesta casa adosada de un solo nivel en una gran finca. Vivía en esa casa con su hijo y una cuidadora.

La generosidad de la tía Teofila fue una lección para los nietos. Contó la historia de cómo conoció a una chica adolescente sin hogar. Ofreció su comida y comida a cambio del cuidado de su hijo. Su oferta fue aceptada con gusto y así comenzó una amistad para toda la vida. Con el tiempo, esta joven cuidadora es vista como una hija adoptiva.

El abuelo Sergio (por parte de madre) había servido en el ejército y, como resultado, valoraba la disciplina y la puntualidad. A la hora de la cena le gustaba que todos estuvieran presentes en la mesa y puntuales. Existe una profunda tradición en que todos los miembros de la familia coman juntos.

La abuela Luisa y los niños habían preparado la cena y puesto la mesa. La comida se servía en una gran mesa de madera junto a la ventana de la cocina. El abuelo Sergio, naturalmente, se impacientó con los que llegaban tarde. Su descontento era evidente.

Hugo senior era un invitado en la casa y siempre respetaba a su suegro, haciendo que sus hijos se sentaran a tiempo. Desde pequeños les enseñaron modales en la mesa: *nada de codos sobre la mesa, nada de comer ruidosamente y nada de levantarse hasta que se les dijera*. A pesar de las normas, la hora de comer en familia era una alegría y sirvió como una valiosa lección para la nueva generación de nietos.

Una educación temprana

Los abuelos no eran los únicos que ocupaban un lugar especial en sus corazones. El tío abuelo Mario y su esposa Alicia vivían al lado, y Mario es en realidad el hermano menor del abuelo.

A los cuatro años, el joven Hugo desarrolló un gran cariño por Mario y Alicia. A menudo quedaba bajo su cuidado. Su tío abuelo tenía perros grandes en su jardín para mayor seguridad en una ciudad capital. Entrando de golpe en su jardín, ansiosos por ver a Mario y Alicia, los perros grandes se asustaron. Por suerte, reconocieron al joven Hugo, así que solo fue derribado y lamido.

Su tía abuela era una profesora jubilada que valoraba las clases antes que el juego. Alicia inculcó en el joven Hugo una alegría de aprender. Le encantaba sentarse con ella y explorar su libro de texto de primaria. Quería aprender, y disfrutaba de la enseñanza del ABC y de las historias que esperaban a ser desveladas detrás de cada capítulo con una letra del alfabeto. Enseñó con éxito a Hugo a leer y escribir antes de su primer año de colegio.

Le debe mucho a esta señora que transmitió una valiosa habilidad para la vida desde muy joven. La niñera terminó cuando fue matriculado en su primer año de primaria. Al principio, su madre lo llevó al colegio y le presentó a su profesor.

Una vez que se sintió seguro con los autobuses, insistió en ir y venir del colegio por su cuenta. Esto molestó mucho a su madre, ya que quería protegerle, pero él estaba igualmente decidido a reclamar su independencia. Desde la ventanilla del autobús, la vio despedirse con la mano en la parada, con una expresión de profunda preocupación en el rostro.

Como ya sabía leer y escribir, su primer año de colegio fue fácil. A su profesora le parecía un tipo raro porque ella lo dejaba desatendido mientras copiaba textos e imágenes de libros. Su pequeña mano producía escritura en movimiento y dentro de las líneas. Otros en su clase luchaban con letras mayúsculas dibujadas a mano y temblorosas, apenas reconocibles.

A medida que el joven Hugo creció, aprendió una valiosa lección sobre la toma de riesgos en casa de sus abuelos. Era un niño valiente y fuerte. Las alturas no le importaban.

A menudo se subía a la pérgola del jardín trasero para caminar junto a las vigas. Lo hacía para alcanzar las uvas que crecían a lo largo de las vigas en primavera. También podía recoger el fruto de las ramas cercanas del níspero. El fruto de ese árbol es como un pequeño albaricoque, con piel amarilla y suave y pulpa dulce que rodea grandes semillas marrones. Era un delicioso capricho recoger fruta madura directamente de la vid y el árbol.

En una ocasión, mientras 'caminaba por la cuerda floja' sobre las vigas de la pérgola, resbaló y tropezó hacia atrás hacia el suelo pavimentado. El tiempo se ralentizó y esperó el impacto. A mitad de camino, una rama de enredadera atrapó la parte trasera de su rodilla, como la mano de su ángel guardián que se extendía para detener su caída.

Permaneció colgando en el aire un momento, sabiendo que había tenido una suerte increíble.

Bisabuela visitante

A finales de los años 60, Carmen y Hugo trasladaron a su joven familia lejos de la capital a Viña del Mar. La separación de sus abuelos y familia extensa se sintió en los niños pequeños. Sin embargo, debido a los fuertes lazos familiares en ambos lados, siempre que tienen oportunidad visitan a la familia en la capital.

En una de esas visitas, Hugo junior, con nueve años, se alegró muchísimo de volver a ver a su bisabuela, Edelmira. Siempre fue frágil y estaba siendo cuidada por su hija Lucía en la casa familiar. Una rápida visita de los bisnietos a su dormitorio escaleras arriba hizo sonreír a Edelmira, pero no debe ser molestada por mucho tiempo. Necesitaba descansar.

Lucía y su marido Lican gestionaban una casa ajetreada con cinco hijos maduros y ahora bisabuela en la planta superior, dando vida a la gran casa. Era una casa elegante y moderna de dos plantas. Con cinco hijos maduros en casa, la hora de la cena fue jovial, y las fascinantes historias fluyen con facilidad. En los momentos tranquilos, Lican sacaba su cuaderno de dibujos y mostraba a los niños cómo dibujar con precisión, y la magia fluía de su tinta asombrando a los niños.

Los nietos se sentían queridos en este hogar cariñoso y vibrante y se alegraban de ver a su bisabuela.